

GAUDENCIO DÍAZ MUÑOZ

LA TIRANÍA  
DE LOS  
DIGNOS

edicionesarena

GAUDENCIO DÍAZ MUÑOZ

# LA TIRANÍA DE LOS DIGNOS

*A mi tío Julio.*

«¡Mi venganza acaba de empezar! La esparciré a través de los siglos y el tiempo está de mi lado».

BRAM STOKER  
*Drácula*

«Antes de embarcarte en un viaje de venganza, cava dos tumbas».

CONFUCIO

«No hay peor tiranía que la que se ejerce a la sombra de las leyes y bajo el calor de la justicia».

MONTESQUIEU

«Tendré que vengarme a mí mismo de la manera más cruel que puedas imaginarte».

JOHN STEINBECK  
*Las uvas de la ira*

Sevilla, noviembre de 2013

Natalia jamás había visto un cadáver. Se lavó la cara y terminó de vestirse. Antes de calzarse se miró al espejo y se pintó los labios. Se sentía radiante a pesar del madrugón. En su nuevo trabajo no iba a estar de cara al público sino en almacén; aun así, quería causar buena impresión. Optó por un calzado cómodo, pues tendría que estar de pie muchas horas y el trabajo sería sobre todo físico. Con cautela, para no despertar a sus padres, salió de casa con el casco en la mano y la sonrisa encajada en la cara. Estaba contenta. Con el dinero que obtuviese aquellos días, unido a lo ahorrado en el último año y medio, podría mantenerse unos meses en Alemania, mientras perfeccionaba el idioma y buscaba un trabajo «de lo suyo». Guiñó un ojo a la imagen feliz que le devolvía el espejo del ascensor. «Dentro de tres meses estaré en Múnich». Estaba decidida, en España estaba perdiendo el tiempo. Dentro de un par de años quizá la crisis acabaría, o quizá no, pero para entonces ella tendría casi treinta primaveras, sus conocimientos de arquitectura se habrían evaporado como el rocío con los primeros rayos de sol y las empresas estarían buscando arquitectos recién titulados, para explotarlos con un contrato en prácticas, o bien veteranos con años de profesión a la espalda. Jamás buscarían a una treintañera sin experiencia, de eso

estaba totalmente segura, y este último pensamiento le agobiaba más que cualquier otro.

Al salir del garaje en la motocicleta sintió un escalofrío. Había escuchado por la radio que una ola de frío polar llegaría a España y parecía que ya estaba aquí. Detuvo la motocicleta y se abrochó la cazadora antes de llegar a la avenida Luis Montoto. Definitivamente, el invierno se instalaba en Sevilla antes de lo habitual. Le encantó circular por la gran arteria sevillana, aún desierta, cruzando los semáforos en ámbar, pero a mitad de la avenida tuvo que aminorar al toparse con un semáforo en rojo. A aquellas horas la ciudad aún dormía y las calles aparecían como parte de un escenario en el que aún no han llegado los actores. Al fondo de la avenida descubrió un destello extraño que llamó su atención; parecía una gran mole multicolor, pero no estaba segura de si era un efecto óptico o algo real. Supuso que era algún adorno navideño de estilo vanguardista, alejado del tradicional árbol. La imagen, entre multicolor y transparente, era enigmática y cautivadora. Pulsó el acelerador, al ponerse el semáforo en verde, con la vista aún puesta en los destellos multicolores. Consiguió determinar que se trataba de una figura transparente, un cubo de cristal en el que las luces de la ciudad se reflejaban con un fulgor de colores brillantes. Llegando al siguiente semáforo aceleró para que el cambio a rojo no le obligase a frenar, lo pasó por una fracción de segundo y enseguida aminoró. Lo que había intuido un cubo de cristal ahora se perfilaba como un cubito de hielo gigante de unos tres o cuatro metros por cada lado. Su forma cúbica era casi perfecta y las luces artificiales de la avenida refractaban y reflejaban en él creando un universo de imágenes distorsionadas por colores intensos. Pronto descubrió que se encontraba en mitad de la calzada, rodeada por un charco de agua.

Detuvo la moto a unos metros del bloque de hielo. No había nadie a la vista, estaba sola y se pellizcó la cara para cerciorarse

de no estar soñando. El silencio, tan solo interrumpido por susurros de motores lejanos, la envolvía. Sacó el caballete de la moto, la aparcó en la acera y se acercó para curiosear. El pitido de un semáforo para peatones parecía acompañar el ritmo de sus pasos mientras se acercaba obnubilada. El chasquido de sus pies al pisar el charco que dejó el hielo al derretirse, le pareció un sonido ajeno y casi imperceptible. Había algo dentro del hielo y la curiosidad por saber de qué se trataba la tenía cautivada. Tocó la pared del cubo con ambas manos. Era gélida, suave, transparente, y las palmas se quedaron frías como el hielo que acababan de palpar. Intentó atisbar el interior, descubrió un cuerpo desnudo esculpido, probablemente, en mármol. Por fin encontró una explicación razonable para la aparición que tenía ante sus ojos: probablemente algún artista desconocido había terminado una escultura de la que se sentía orgulloso y quería armar un gran revuelo en aquella mañana de lunes. Rodeó la mole de hielo observando la escultura. La perspectiva ofrecía la espalda de una figura femenina, con un culo bien torneado y atractivo que enseguida envidió. Sin duda, la modelo tenía un cuerpazo, piernas largas y suaves y espalda sutil sin llegar a ser frágil. Dio unos pasos para observar el pecho y dedujo que el artista buscaba el erotismo, pues el pezón, que ahora observaba, estaba totalmente erecto. Dio un par de pasos más para observar el rostro de la escultura. Una idea cruzó su cabeza un par de segundos antes de que el pensamiento fugaz se presentase como una certeza: ¿Y si no estaba ante una escultura sino ante una mujer de carne y hueso? La respuesta llegó al descubrir la mirada de desesperación de la mujer atrapada en el hielo, pues su rostro parecía estar gritando para implorar clemencia. Hasta el gesto de la mano derecha con la palma vuelta hacia arriba suplicaba compasión. Una compasión que, obviamente, no había llegado. Natalia se quedó en estado de *shock*, sin poder apartar la mirada

del rostro de la mujer bajo el hielo, pero, a la vez, deseando que la imagen desapareciese de su vista. De repente, todo pareció quedar en silencio, los lejanos coches ya no emitían sus débiles rugidos y el primer trinar de pájaros madrugadores no llegó a eclosionar. Tampoco escuchaba el murmullo de gente que, poco a poco, iba llegando y se detenía perpleja, frente al cubo de hielo, sin saber cómo actuar.

Un alarido la sacó de aquel silencio producido por su estado de aturdimiento. Era un grito de mujer, agudo y triste, y le llevó un buen rato darse cuenta de que la garganta de la que manaba el chillido era la suya. Se vio sentada en una ambulancia, sintió un pinchazo en el brazo y escuchó la voz del enfermero. Le aseguraba que en unos minutos estaría más calmada. Solo entonces tuvo la certeza de que la mujer, que la había mirado con ojos de súplica desde su ataúd de hielo, debía de tener más o menos su edad y su estatura, los sueños y anhelos de aquella joven habrían sido similares a los suyos, las rutinas de las dos posiblemente serían muy parecidas y ahora todas las ilusiones de aquella pobre muchacha habían quedado congeladas para siempre en un enorme bloque de hielo.

## Fuentelateja, 25 de diciembre de 2015

Wilhelm salió del *pub* acompañado por la joven a la que llevaba un buen rato intentando seducir. La chica rondaba los veinte años. Tenía cara de ángel, pues el óvalo de su rostro formaba una suave ondulación que le daba un aspecto saludable y sexi. Le resultaba atractiva precisamente por no ser un saco de huesos como la mayoría de chicas de su edad, aunque lo que más le había gustado de ella era su mirada inocente y virginal. Sin lugar a dudas era la chica que necesitaba esa noche. Había llegado al pueblo unas horas antes con la misión de desenterrar un cadáver del cementerio de aquella localidad. Nochebuena era una de las noches más tranquilas del año para ese tipo de actividades. Se había empleado a fondo para devolver la tierra a su sepultura y que su profanación no fuese descubierta. Al llegar al hotel, le apeteció salir a dar una vuelta en lugar de encerrarse entre las cuatro paredes de la habitación. Se alojaba en el único hostel de aquella localidad en la que no conocía absolutamente a nadie, por lo que se afanó en convencer a Miguel, el joven recepcionista, de que le dejase acompañarlo. El nombre del *pub* era Transilvania y esto le llevó a recordar que no era la primera vez que pisaba aquel pueblo perdido entre montañas.

—¡Es roja! —exclamó la muchacha, mirando la nieve que en aquel momento cuajaba en la calzada y sobre los automóviles.

Observó a la chica. Salvando las diferencias, le recordaba un poco a Alma. Su sonrisa era sincera y sus ojos gatunos. No era tan alta, aunque sí esbelta, y sus curvas eran marcadas sin ser excesivas. Observó sus pechos durante unos segundos, antes de que la muchacha se abrochase el abrigo hasta el cuello; eran turgentes y amanzanados bajo un jersey de lana verde ajustado. Su rostro era suave, si bien estaba a años luz de la belleza etérea y cautivadora de Alma. Necesitaba verla y para ello debía conseguir seducir a aquella chica. Le pareció paradójico, en aquel momento, que poder ver a su amor pasase por tener que acostarse con otra mujer, pero la vida para Wilhelm era eso, una paradoja en la que su existencia se debía más a la muerte que a la vida.

—¿A qué crees que pueda deberse? —preguntó, buscando con su mirada la de la chica—. Me refiero a que la nieve sea roja.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que me voy a ir a casa antes de que las calles se vuelvan intransitables.

—¿Quieres que te lleve? Tengo el coche al lado.

—Tío, acabo de conocerte, no voy a subir contigo al coche.

—Si necesitas que nos presenten formalmente puedo buscar a Mickey.

—¡Eres amigo de mi primo Miguel! Os he visto entrando juntos. Espero que no seas tan porrero como él...

—Para serte sincero soy huésped del hotel. Y jamás he fumado un porro. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Claudia.

—Miguel me habló de ti, pero dijo que te llamabas Carmen.

—Esa es mi hermana mayor. ¿Por qué quieres llevarme a casa?

Wilhelm la observó antes de hablar. No parecía la típica chica que se creía lo primero que le contasen. La única posibilidad que tenía de seducirla era ser lo más sincero posible con ella.

—Quiero ganar tiempo para convencerte de que te acuestes conmigo.

La chica miró a los ojos del forastero, su mirada parecía sincera. Buscó un signo de debilidad o indecisión en aquella mirada, pero solo encontró determinación.

—¿Por qué conmigo? Hay muchas chicas en el *pub*. Te aseguro que tendrás más suerte con muchas de ellas. Te puedo presentar a alguna de mis amigas y...

—Tú eres la única virgen y atractiva a la vez. Eres preciosa y no estás borracha. Eres mi única opción esta noche.

—¿Por qué crees que soy virgen? —preguntó la chica con tono de indignación, sin salir de su asombro. Por un momento, pensó estar presa de un sueño incontrolable. La nieve era de color rojo, el viento frío. Un chico guapísimo y de aire siniestro le estaba diciendo que quería acostarse con ella y para colmo tenía un extraño sabor en los labios. De repente se dio cuenta de que había lamido un minúsculo copo de nieve que había aterrizado en su labio inferior. El sabor le recordó a la sangre, pero ... ¿había probado la sangre antes?

—No lo creo, lo sé.

—¿Por qué es tan importante para ti encontrar una virgen? —preguntó, cuestionándose aún si no era presa de un sueño extraño, pero el frío era demasiado real.

—Eso no puedo desvelarlo, pero es importante para mí.

La chica miró la nieve enrojecida sobre su abrigo.

—Voy a ser sincera. No tienes ninguna posibilidad conmigo, pero mi casa está lejos y hace frío. Además, no quiero subir al coche de ningún borracho.

—No lo estoy.

—Lo sé. ¿Me enseñarías tu credencial de periodista? —preguntó la chica, recordando que el joven se había presentado como tal.

Wilhelm soltó una carcajada sincera.

—Perdona que sea tan desconfiada, pero se oyen muchas cosas en la tele y...—La chica vio cómo el joven se acercaba a un coche entre deportivo y cuatro por cuatro; no entendía de marcas, pero parecía un coche caro y potente.

Wilhelm miró en la guantera y sacó un tarjetero. Abogado, inspector de policía, forense, médico, secretario judicial, inspector de sanidad.

—Periodista —susurró al encontrar la tarjeta correcta. Volvió sobre sus pasos. Le entregó la tarjeta de visita a la chica y ambos se metieron en el coche, después de que él quitase la nieve de las ruedas. El coche patinó un poco al contacto con la nieve pero enseguida consiguió llegar al centro de la calle y avanzar.

—No quiero darte falsas esperanzas —advirtió Claudia en cuanto se acomodó en el auto. No voy a irme a la cama contigo si es eso lo que pretendes con tanta palabrería.

—Lo sé. Tan solo quieres utilizarme para que te lleve a casa sana y salva. —Wilhelm le lanzó media sonrisa, arrancó el automóvil y puso la calefacción para que la joven entrase en calor.

—Más o menos. —Sonrió a su vez la chica.

—Claudia, sé que eres virgen, que estás enamorada desde siempre de alguien que no te corresponde y que no vas besando por ahí al primer desconocido que te hace sonreír. —La chica enrojeció y fue a decir algo, pero Wilhelm le hizo un gesto para que siguiese escuchando. —Tan solo quiero besarte, acariciarte y lamerte. Es Nochebuena y estoy solo. Estoy enamorado de una chica a la que llevo sin ver casi un año y no quiero desperdiciar el día de Navidad con la misma sensación de vacío de los últimos meses. Y, por alguna razón, creo que a ti te ocurre lo mismo.

—Creo que eres un periodista pésimo. ¡No has dado ni una!

—¡Mejor si es así! Amar y no ser correspondido solo lleva a la desesperación y la desidia. Me alegra saber que la desazón de tu alma difiere de la mía.

—¿Quién te enseñó a expresarte así? ¿De verdad te funciona ese rollo poético con las chicas?

—Supongo que no, llevo sin echar un polvo más de un año — contestó intentando utilizar un lenguaje más coloquial. Después puso el coche en movimiento—. ¿Dónde vives?

—A dos casas del hostel en el que te hospedas. Hace quince años toda la manzana era el hotel de mis abuelos y ahora lo regenta mi tío Miguel. Lo dividieron y una parte es nuestra casa. La puerta de mi cuarto aún tiene el número de habitación. Era la 121.

—Qué curioso... —se limitó a decir para simular que le interesaba lo que la joven le contaba.

Circulaban por una calle bastante ancha y Wilhelm supuso que en algún momento aquella vía había sido la carretera que cruzaba el pueblo antes de que hicieran un nuevo trazado alrededor del casco urbano. De pronto, el Porsche Cayenne, el coche que Claudia no había identificado, frenó en seco y derrapó a causa de la nieve. La muchacha se agarró fuerte al asiento y cerró los ojos hasta que Wilhelm consiguió controlar el automóvil, que quedó atravesado en mitad de la calle.

Acababa de oír un disparo. Su oído no le mentía. Apagó el motor del coche y abrió la ventanilla. Un frío gélido inundó el pequeño habitáculo del automóvil y Claudia se abrochó su abrigo.

—¿Qué haces? —preguntó la chica, aún asustada—. ¡Casi nos matas!

—¡Acabo de escuchar un disparo!

—¿Disparos en el pueblo y en Nochebuena? Creo que estas equivocado... —El sonido de otro disparo, junto al de cristales ro-

tos, sonó a unos metros. Un chillido de mujer y gritos de socorro siguieron al estruendo.

Un hombre con una escopeta de caza en la mano apareció a varias manzanas de allí. Acababa de salir de una oscura calle disparando a un coche que estaba aparcado a unos metros del Cayenne.

—¡Es la plaga del fin del mundo! —El hombre de la escopeta vestía un abrigo raído, gorra militar y pantalones marrones con bolsillos a los lados. Calzaba botas de montaña y lucía una barba descuidada, aunque no demasiado larga. En aquel momento miraba al cielo. —¡Nevará sangre y los pueblos se inundarán con la culpa de los traidores y los hipócritas!

Wilhelm le hizo un gesto a la chica para que se agachase. Por suerte, las luces del coche se habían apagado al detener el motor y desde donde el hombre estaba no podría distinguir a nadie dentro del Porsche.

—Agáchate y por nada del mundo abras la puerta. Si lo haces, la luz automática se encenderá y disparará. Voy a intentar salir por la ventanilla.

—Ten cuidado —advirtió la chica, reconociendo al tipo de la escopeta—. Conozco a ese hombre, está loco. Lo han detenido varias veces. Tiene brotes psicóticos y es muy violento. Creía que estaba recluido en algún sanatorio, ¡pero está claro que no! —Su voz sonaba aterrada.

El grito de mujer volvió a escucharse. Fue un alarido histérico y Wilhelm pudo ver a una chica y a un chico de unos veinte años en la puerta de una gran casa, a unos pasos del coche que había recibido el impacto de las postas. La chica estaba sentada, presa del pánico. Pedía socorro y lloraba desconsolada. El chico, mientras tanto, aporreaba la puerta desesperado, pidiendo que alguien abriese. Wilhelm observó la casa, era vieja y no se veía luz en ninguna ventana. No parecía que hubiese muchas proba-

bilidades de que estuviese habitada. Los dos jóvenes intentaban pegarse a la puerta para guarecerse de los disparos.

El hombre de la escopeta apuntó a los dos jóvenes y disparó.

—¡Fornicadores! ¡Debéis morir! —gritaba mientras avanzaba hacia ellos. Las postas alcanzaron la pared cercana a la puerta. El hombre volvió a apretar el gatillo, pero no salió disparo alguno. La escopeta estaba descargada. Wilhelm salió a toda velocidad por la ventanilla del coche en dirección a la puerta donde estaban los chicos, pues sabía que el próximo disparo sería certero. En una rápida mirada, advirtió que el hombre abrió su abrigo y pudo ver que llevaba una canana abrochada a la cintura. Llegó hasta la casa deshabitada y dio un salto para lanzarse contra la puerta, que cedió con el golpe y se abrió de par en par. Los dos jóvenes entraron para guarecerse de los últimos disparos que, sin duda, hubieran alcanzado a los jóvenes.

«Dos disparos», pensó, sabiendo que el hombre debía volver a cargar de nuevo. Salió de la casa en el momento en el que el hombre metía dos cartuchos en la escopeta con una pericia y una rapidez que no había calculado. El hombre ya alzaba el arma para disparar y Wilhelm tuvo que saltar detrás de un coche para guarecerse. Los cristales rotos le cayeron encima. Aún quedaba un cartucho en la escopeta.

—¡Vas a morir, demonio! —gritaba el demente.

La noche se estaba complicando por momentos y Wilhelm aún debía viajar hasta dónde se encontraba Alma. Había tenido demasiada paciencia esa noche y ahora necesitaba eficacia. Salió de su escondite y corrió hasta otro automóvil que estaba a unos diez metros. El hombre disparó de nuevo.

—¡Estás muerto, diablo! —gritó enloquecido, pues creyó ver cómo las postas impactaban en el muslo del hombre que había salvado a los jóvenes. Después cargó lentamente su escopeta y se encaminó despacio al coche tras el que el forastero se acababa

de esconder. La sangre del hombre en la nieve apenas era perceptible, pues el tono rojizo de la nevada disimulaba el rastro de sangre. Sin embargo, el hombre de la escopeta siempre se había vanagloriado de ser un gran cazador y no tardó en encontrar el rastro que le llevó a rodear el coche. Allí no había nadie. La sangre se perdía tras la esquina de una calle. Alzó el arma dispuesto a disparar en cuanto doblase la esquina, pero al hacerlo el rastro de sangre desapareció y el demonio al que perseguía se había esfumado. El cazador escuchó un rugido sobre su cabeza, alzó la vista y vio a una especie de monstruo, de forma humanoide y rostro de bestia, abalanzarse hacia él. En un segundo, el extraño ser lo había desarmado y le había golpeado haciéndolo caer. Sintió la fría nieve en su rostro y un fuerte dolor en las muñecas. Miró hacia el cielo y vio cómo en la oscura noche una luz intensa se abría paso entre las nubes y un coro de ángeles le saludaba desde el cielo. Después perdió el conocimiento.

Wilhelm ató las muñecas del hombre con la correa de la escopeta. Descargó el arma y cogió la canana con los cartuchos. Volvió a la calle y se asomó a la casa donde se habían refugiado los dos jóvenes aún aterrados, les entregó los cartuchos y les dio indicaciones para que llamasen a la Guardia Civil. Cuando regresó al coche, Claudia estaba tiritando de frío y de miedo. Miró a su nuevo amigo como si acabase de ver a un fantasma.

—Creí que te había herido —murmuró—. Hasta juraría haber visto la sangre... —La chica miró los pantalones del joven, estaban ensangrentados.

—¡Te había dicho que no te movieses! Pero no te asustes, tan solo es nieve derretida.

—Pero... parece sangre.

—Sangre es precisamente lo que está nevando.

La chica fue a decir algo, pero él se acercó a ella, la rodeó con el brazo para atraerla hacia sí y le dio un beso cálido y profundo.

El beso la pilló desprevenida, pero enseguida dejó que la lengua del joven buscara la suya y se abrazó a él. El beso duró lo que tardó en escucharse la sirena de la Guardia Civil. Wilhelm separó a la chica y arrancó el coche, que salió derrapando a causa de la nieve. Consiguió controlar el automóvil y puso rumbo al hotel. Había dejado de nevar, aunque la temperatura seguía bajando, por lo que la nieve no se derretiría de momento. Se cruzaron con el coche de la Guardia Civil a unos cien metros del hostel.

Aparcó en el mismo sitio donde lo había hecho unas horas antes, salió del coche y abrió la puerta de su acompañante. La chica salió y fue a decir algo, pero Wilhelm la atrajo hacia sí y la besó con furia. Claudia se dejó hacer mientras él la agarraba por los muslos, le abría las piernas alzándola para que los dos sexos se encontrasen a través de la ropa. La chica dio un gemido y susurró un «Aquí no». Él juntó las piernas de la joven a su espalda sin dejar de besarla y, manteniéndola en vilo, la llevó hasta la entrada del hotel. Abrió la puerta con una de las dos llaves que el recepcionista le había entregado. Entraron al hostel junto a una ráfaga de viento que se silenció cuando la joven cerró la puerta de un manotazo.

El hotel estaba completamente a oscuras, si bien al fondo, tras la recepción, se adivinaba un resplandor tenue.

—Estamos solos en el hotel —susurró la chica, mientras él besaba su cuello.

Wilhelm la tomó en brazos y la condujo al resplandor, que tan solo podía provenir de una hoguera. Entraron en un salón en el que el fuego crepitaba. La temperatura allí era mucho más cálida y dejó a la muchacha de pie, junto a la chimenea. Ella se quitó el abrigo, dejándolo caer al suelo. Wilhelm la observó a la luz de las llamas. El juego de luces y sombras desfiguraba su rostro y quiso imaginar que la mujer que tenía ante él era Alma. Alzó los brazos de la joven y le quitó el jersey. El sujetador era del mismo verde

manzana que el suéter. Después se quitó su chaqueta vaquera y la volvió a besar.

Claudia observó la camiseta de manga corta y le extrañó que aquel enigmático joven no se hubiese congelado de frío. Le quitó la camiseta y le acarició los músculos de los brazos y el pecho. Enseguida sintió cómo el hombre desabrochaba el sujetador y le besaba los pezones. Ella se estremeció al notar que la lengua del hombre estaba fría, pero al mismo tiempo una calidez desconocida hasta entonces invadió todo su ser.

Wilhelm bajó los pantalones de la chica, eran una especie de pantalones vaqueros, pero la tela era distinta, más fina y ajustada. Días después averiguaría que se llamaban *leggings*, pero en aquel momento en lo único que pensaba era en deshacerse de ellos. Se sentía excitado como hacía meses no lo estaba. Y se excitó aún más cuando la chica comenzó a acariciar su erección sobre los pantalones vaqueros y desabrochó lentamente los botones. Un momento después notó una mano tocándole el pene. No pudo contenerse más, bajó las bragas de la chica dejándola totalmente desnuda, la cogió en brazos y la dejó en el suelo, sobre una alfombra, junto a la chimenea. Se quedó él también desnudo y se echó sobre ella. «Voy a arrebatarte tu virginidad» susurró en el oído de la joven mientras sus sexos se buscaban. La chica solo pudo susurrar un «sí», seguido de un gemido entrecortado. Él lamió todo su cuerpo, pero, cuando estaba a punto de llegar a su entrepierna, volvió a besarla y comenzó a penetrarla suavemente, sintiendo su humedad y cómo ella, poco a poco, se iba abriendo como una flor al amanecer. La joven estaba cada vez más excitada y notaba cómo el hombre utilizaba el sexo, las manos y la lengua para darle cada vez más placer. De pronto sintió como si un cosquilleo le atravesase la garganta, fue tan solo una leve punzada que desapareció al momento, pues el hombre cada vez entraba más y más en ella.

Tras varias embestidas, el himen de la chica se rasgó y ella dio un gemido de dolor, pero enseguida sintió un placer extraño que lo mitigó, haciéndolo casi imperceptible. Su excitación se concentraba en varios puntos que ni ella misma lograba localizar. Junto a la penetración, el chico estaba acariciando suavemente su espalda con unos dedos fríos y sabios que a veces bajaban, confundiendo con su propio sexo erecto y multiplicando las sensaciones. En un momento, todo su cuerpo se vio invadido por un éxtasis que ya duraba varios segundos y que le recorría todo el cuerpo. Era como si todo su ser, incluyendo sus órganos internos, músculos, venas y arterias, fuese una zona erógena. Tardó en darse cuenta de que al dolor de la pérdida de la virginidad se había sumado otro en el cuello, pues en ese momento identificaba el leve cosquilleo de antes como dos pequeños pinchazos. No sabía calcular cuánto duraba ya el orgasmo, pero creyó que llevaba varios minutos con las uñas clavadas en la espalda del hombre para implorarle de este modo que no parase por nada del mundo. Tenía los ojos cerrados y a su mente acudían imágenes confusas, pues no sabía en qué parte de su cuerpo concentrarse; tal era el éxtasis que estaba sintiendo cada poro de su piel. Poco a poco sintió que la plenitud había pasado, el orgasmo continuaba, pero con más suavidad y su cuerpo se quedó cada vez más lánguido. Se fue dejando llevar por una flojera cada vez más intensa y poco a poco notaba cómo perdía el conocimiento, pero la sensación de placer continuaba camuflando el dolor y el desvanecimiento. Unos segundos después, la sensación de plenitud volvió con más virulencia. Sus dedos, que ahora acariciaban en lugar de arañar, volvieron a tener vida propia y necesitaron hundir de nuevo las uñas en la espalda del hombre y acariciar cada palmo de su piel; ahora también ella buscaba cada parte del cuerpo masculino que hasta hacía unos segundos tenía sobre ella. Ahora, sin saber cómo había ocurrido, se percató de que estaba subida sobre él a horca-

jadas, tan solo el culo del hombre y los pies de ambos tocaban el suelo, pues el resto de los dos cuerpos fusionados se entrelazaban como si solo existiesen ellos en medio del vacío. Había perdido la noción del tiempo y del espacio y solo le importaban las sensaciones que el cuerpo al que estaba imantada le estaba provocando y lo que ella misma, con el tacto de su piel y su lengua, era capaz de añadir al orgasmo que eclosionaba en todo su ser.

En un momento dado, la intensidad comenzó a descender y, poco a poco, el intenso clímax que segundos antes la invadía por completo fue menguando y concentrándose tan solo en su sexo. Se oyó a sí misma gimiendo, lo había hecho durante todo el tiempo, pero solo en ese momento se escuchaba y tomaba conciencia de ello. Las embestidas seguían estando ahí, aunque se habían ralentizado. De pronto, fueron de nuevo más rápidas, sólo entonces se dio cuenta de que el chico se estaba corriendo dentro de ella y de que no llevaba preservativo. «¡Soy estéril!», gimió el hombre, adivinando su preocupación. De pronto, el orgasmo total volvió con mayor intensidad; el hombre estaba chupando su cuello a la vez que su semen la invadía por dentro, el dolor de los dos pequeños pinchazos en su garganta volvió mientras se estremecía de placer y sus gemidos ahora eran casi gritos y estaban acompañados por los gemidos del hombre. De repente todo fue más lento y ella se fue desvaneciendo poco a poco hasta quedar inconsciente.

Se despertó en la habitación del hombre. Miró a su alrededor, pero él no estaba. Las imágenes de la noche anterior le llegaban en ráfagas, como si hubiese despertado de una resaca reseca y profunda. Los recuerdos aparecían en su mente como un sueño agridulce del que aún no quería despertar, pero si de algo estaba segura es de que no había bebido absolutamente nada de alcohol. El recuerdo del multiorgasmo le llegó en ese momento con toda claridad. Según su reloj, eran casi las siete de la mañana. Estaba

completamente desnuda y, en un primer momento, no encontró su ropa. La luz llegaba desde dentro del cuarto de baño. Wilhelm salió y le lanzó una sonrisa sincera, aunque su semblante era de preocupación. Se acababa de duchar y aún tenía el cabello mojado.

—¿Qué tal? —se limitó a decir, mientras se ponía el reloj en la muñeca.

—Mejor que bien —dijo la chica sonrojándose—. No recuerdo cómo he llegado a la habitación.

—Te quedaste dormida cuando todo terminó. Te he subido en brazos

—¡Qué pena! ¡Me hubiese gustado repetirlo! —exclamó con una sonrisa pícara.

El hombre se inclinó y la besó.

—A mí también, pero debo irme.

—No volveré a verte, ¿verdad?

—Es probable, sí.

—¿Tienes novia o esposa?

—No entra en mis planes.

—Si me das un minuto para que me vista te puedo enseñar algo.

—Debo irme. Una amiga necesita mi ayuda. No te miento. Si no fuese así te volvería a hacer el amor hasta que ambos quedásemos exhaustos, pero debo irme ya.

—Solo un minuto. Tengo algo que puede ayudarte en tu investigación sobre la nieve. Si es que realmente eres periodista.

—Te mentí, no lo soy, si bien es verdad que estoy investigando las causas de la nevada ensangrentada. —Abrió la nevera portátil que acababa de sacar del armario y que había preparado para marcharse y sacó un bote en el que la tarde anterior había introducido muestras de nieve. Había llegado a aquel pueblo porque debía comprobar algo y, para ello, tuvo

que profanar la tumba de una mujer, la compañera de su amigo, el inspector Nelson Gutiérrez. La nevada ensangrentada había comenzado en el cementerio, al concluir su trabajo con la toma de muestras del cadáver, y había continuado durante un par de horas. Se había propuesto averiguar la procedencia de la nieve ensangrentada, aunque este no fuese el motivo de su visita a aquel lugar.

—¿Qué es? —preguntó la joven, mientras observaba el pequeño frasco en las manos de Wilhelm.

—Son muestras de nieve, en cuanto la analice sabremos algo más.

La chica se vistió y se calzó en un minuto y después condujo a Wilhelm hasta la última planta del edificio. Allí señaló una trampilla que había en el techo y que conducía a un desván.

—Si me aúpas cojo el tirador y subimos.

Wilhelm puso su mano derecha en el culo de la chica y con la izquierda tomo su brazo. En menos de un segundo, la chica se vio alzada hasta el techo. Agarró el tirador de la trampilla y de esta surgió una escalera.

—Eres más fuerte de lo que pareces a simple vista —advirtió la joven cuando la volvió a dejar en el suelo. Después, subió por la escalera que conducía al desván; palpó en la pared y enseguida encontró el interruptor. Una pequeña bombilla colgada del techo abuhardillado iluminó la estancia. Wilhelm subió tras ella, tenía mucha prisa, si bien la joven había conseguido despertar su curiosidad. El desván era pequeño y estaba repleto de libros polvorientos, juguetes antiguos, ropa de cama y demás cachivaches. Un perchero, atestado de antiguos uniformes de camarera, y dos grandes baúles descansaban al fondo del pequeño trastero.

—De niña siempre jugaba aquí, con mi hermana. A veces nos probábamos el traje de novia de mi abuela, está en aquel baúl.

—Debió de ser una infancia muy bonita.

—Lo fue, sin duda. Mi niñez acabó bruscamente cuando murió mi abuelo. Mi padre y mi tío discutieron por la herencia y el hotel y todo cambió. Llevaba nueve años sin subir aquí. Espero que todo siga igual.

La joven abrió uno de los baúles y comenzó a sacar álbumes de fotos que fue dejando a un lado. Wilhelm miraba el reloj impaciente. Hacía unos minutos había recibido un mensaje de Alma. La joven le contaba que estaba en peligro y le enviaba su ubicación. Sabía que debía irse, pero Claudia era muy insistente, además gracias a ella y a su sangre virginal podría afrontar la luz solar para ir en busca de su amada. Le debía esos minutos y además sentía mucha curiosidad. Por fin la chica encontró lo que buscaba y se lo tendió al hombre. Se trataba de un álbum de fotos. Estuvo un par de minutos observándolo. La mayoría del espacio estaba ocupado por fotos antiguas del pueblo, casi todo gente de extraña mirada, algunos con algún tipo de malformación. Le llamó especialmente la atención la fotografía de un niño con una especie de pequeña protuberancia, como un cuerno diminuto, en la frente, entre los dos ojos, pero también había muchos recortes de periódicos, casi todos del diario provincial y de una revista local, en los que se describían extraños sucesos acaecidos en las últimas décadas: desapariciones de niños, tormentas en las que llovía sangre, animales que enloquecían y a los que había que sacrificar porque habían atacado a sus dueños, suicidios extraños, como el de un hombre que se tiró de cabeza a una balsa de aceite o el de la mujer que untó de miel todo su cuerpo desnudo y esperó a que la devorasen las ratas. Tras varios minutos cerró el álbum y miró a la chica, que había observado paciente el semblante del hombre esperando algún tipo de reacción en su mirada.

—Este álbum era el pasatiempo preferido de mi abuela. Según ella, una especie de maldición cayó sobre el pueblo a principio de los 60 y marcó desde entonces la vida de sus habitantes, que no salían de su asombro con cada nuevo suceso extraño. Por eso esta noche nadie ha cambiado su rutina porque nevase sangre. No quiere decir que no nos sorprendan ciertas cosas, tan solo es que estamos habituados a que pasen fenómenos extraños en la zona y nuestra capacidad de sorprendernos es ínfima. Ayer, sin ir más lejos, encontraron los restos del cadáver de un hombre en una antigua mina romana. Hace un par de años empezaron a morir ovejas y terneros desangrados, como si un animal les hubiese chupado la sangre; jamás se averiguó qué había ocurrido con aquellos animales. Por aquellas mismas fechas aparecieron varias chicas asesinadas y la gente aún piensa que hay algún tipo de secta secreta que hace rituales satánicos o algo así.

—Entiendo... —Wilhelm tenía respuesta para los últimos sucesos que la joven estaba contando, pero no para otros. Recordó cómo él y Nelson habían participado en la investigación de los animales desangrados y las chicas asesinadas, pero prefirió guardar silencio sobre este extremo.

—Supongo que esto te ayudará en tu investigación.

—¿Me dejarías el álbum durante un tiempo? —preguntó, cogiéndolo con las dos manos.

Claudia le arrebató el álbum de las manos y se echó en sus brazos dándole un beso desesperado.

—No te vayas —suplicó.

—Debo hacerlo, la mujer a la que amo necesita mi ayuda.

Claudia se separó de él, meditó durante unos segundos y después le devolvió el álbum.

—Es un préstamo. Debes darme tu palabra de que volverás para devolvérmelo en unos días.

—Lo haré en un par de semanas, antes voy a estar muy ocupado.

—Antes de que termine enero.

—Te doy mi palabra —contestó el hombre, mirando a los ojos desesperados de la chica.